

de serlo con los traidores Aguirres, dos capitanes hermanos, que habian guardado para sí los recursos que Toledo enviaba á Padilla, y que desleales y falsos amigos, contribuyeron de este modo á la derrota de los comuneros. Muertos á estocadas por los guerreros de Doña Maria, fueron lanzados por el muro sus cadáveres, que el pueblo indignado arrojó en una hoguera, aventando despues sus cenizas. No falta quien censura por esta desusada severidad á Doña Maria, afirmando que faltó á la nobleza de heroína, dejándose arrastrar del vengativo genio de la muger; pero sin que nosotros defendamos el hecho, enemigos como somos de esas bárbaras represalias, no podemos dejar de disculparla, teniendo en cuenta el profundo y reconcentrado pesar de la esforzada muger de Padilla, y el irreflexivo enojo que habia de apoderarse de su corazon, al ver delante de ella á los que, y no sin causa, consideraba como los traidores que habian dado motivo al desastre de Villalar, y á la muerte del valiente caudillo de las comunidades.

Entre tanto la situacion de la ciudad cercada iba haciéndose cada vez mas difícil de sostener; y creyendo el marqués de Villena, tío de la ilustre defensora de Toledo, que tal vez lograria reducirla extremándole las escasas esperanzas que le restaban, entró en la ciudad y tras él el Duque de Maqueda, seguidos de poco numerosa escolta, para ver si lograban rendirla con sus ofertas de paz. No habian contado los atrevidos magnates con el entusiasmo que en los defensores de Toledo habia logrado despertar Doña Maria. Alborotados con las proposiciones de los dos caudillos, tuvieron estos que abandonar la poblacion, sin haber conseguido otra cosa que escitar mas los ánimos en contra del ejército imperial.

Un grave é inesperado acontecimiento, puso por este tiempo á prueba la serenidad y prestigio de Doña Maria. El obispo Acuña, que con tanta decision habia abrazado la causa de los comuneros, fuese porque se creyera humillado por el creciente predominio que ejercia en Toledo la viuda de Padilla, fuese porque el temor comenzara á paralizar su entusiasmo, abandonó la ciudad, y disfrazado con traje

de vizcaino, pretendió ganar la frontera de Navarra, aunque con tan mala fortuna, que en el pueblo de Villamediana, fué descubierto y detenido por un alférez de los imperiales, viviendo desde entonces en continua prision, hasta terminar sus dias desgraciada y trágicamente.

Doña Maria, lejos de desmayar con aquella inesperada decepcion, se afirmó en su propósito de defenderse hasta el último trance «como si fuera un capitan cursado en las armas, que por eso la llamaron la muger valerosa,» como dice el historiador obispo de Pamplona. Las operaciones del sitio no conseguian imponer á los toledanos, que animados por la noble dama, hacian frecuentes y victoriosas salidas contra el ejército del prior de San Juan; y si alguna vez daban oido á proposiciones de paz, era siempre imponiendo cláusulas tan ventajosas, como la de conservar sus fueros, franquicias y libertades, con el dictado de muy noble y muy leal para Toledo, que se alzara el secuestro de los bienes de Padilla, y se rehabilitara su fama y honra y la de todos sus parientes y defensores.

Una atrevida operacion militar, coronada de feliz éxito, permitió al prior de San Juan poder situarse en el monasterio de la Sisle, al sur de la ciudad, desde cuyo punto hostilizaba con mas ventajas á los sitiados, cortándoles la entrada de viveres y bastecimientos; pero lejos de abatirse con esto el ánimo de Doña Maria, y de los que seguian su bandera, lanzábanse á buscar el peligro al mismo campamento enemigo, demostrándole asi su verdadero entusiasmo por la causa que defendian.

Pero las ventajas que los imperiales no podian alcanzar por la fuerza de las armas, acercábanse á conseguirlas por los reprobados manejos de la astucia. Aprovechándose del mal efecto que produjo entre los sitiados el vencimiento del ejército francés cerca de Pamplona, victoria que reanimó el abatido espíritu de los soldados del Prior, comenzó éste á sembrar la discordia por medio de sus agentes entre los toledanos, exagerando las consecuencias de la derrota, las dificultades para introducir en la ciudad mantenimientos, y la falta

de salud de Doña Maria, que á pesar de todos los esfuerzos de la ilustre heroína, empeoraba visiblemente. Los ocultos manejos de los enviados del Prior llegaron á producir el efecto que deseaba, y siguiendo de cerca, como acontece siempre, al cobarde temor la vil traicion, hubo un desleal toledano, que hasta ofreció al caudillo sitiador, conducir á su campamento por engaño ó por fuerza, á la digna esposa de Juan de Padilla. Descubierta su alevé propósito, le mataron en el arrebato de su natural indignacion los soldados de Doña Maria, arrojándole despues por el muro del alcázar; pero cundiendo el descontento, empezaron las desavenencias entre los defensores de la ciudad, y llegaron hasta el punto de dirigirse al alcázar los que deseaban la cesacion de la guerra, resueltos á apoderarse de Doña Maria, y á entregarse á la clemencia de los sitiadores. Al verlos llegar en ademan hostil, los defensores de la fortaleza, lejos de esperarlos, salieron en contra de los sublevados, y la lucha hubiera sido enconada y terrible, si Doña Maria, á pesar del mal estado de su salud, no hubiera dispuesto que la condujesen en una litera al lugar del combate logrando con el influjo de su presencia y de su palabra restablecer la paz entre las opuestas parcialidades, y consiguiendo que lejos de pensar ninguno en entregarse, se decidieran todos con el mismo entusiasmo á continuar la heroica defensa de la ciudad.

En su entusiasta ardor, los toledanos llegaron á imponer con sus atrevidas salidas al Prior de San Juan, consiguiendo en una de ellas entrar en el monasterio de la Sista, y sembrar el terror entre sus defensores, ahuyentándoles hasta las defensas del campamento; pero desgraciadamente, repuesto el Prior de su primera sorpresa, y comprendiendo que del éxito de aquella jornada dependia acaso el de la guerra, animó á los soldados, y cayendo con todo el golpe de su gente sobre los atrevidos defensores de la ciudad sitiada, les acometió de tal suerte, que abrumados por el número y por el desesperado valor de los imperiales, tuvieron los toledanos que retirarse vencidos, cuando juzgaban asegurada la victoria.

Este contratiempo produjo profunda sensacion en la ciudad, y

conociendo la valerosa viuda de Padilla, que habiendo entrado el desaliento en sus guerreros, despues de tantos meses de asedio, era mas prudente procurar una honrosa capitulacion, que exponerse á ver perdidos en un momento tantos sacrificios, avinose á honrosas paces, en cuyos capitulos bien claramente se descubre que lejos de recibirlas, impuso condiciones la ciudad defendida por Doña Maria.

Consignábase en aquel notable documento,¹ que Toledo conservaria el renombre de muy noble y muy leal; perdon general para todos sus moradores y comarcas; que se suspenderia todo lo relativo á la indemnizacion de daños y perjuicios, hasta que el Rey volviese á Castilla; que se respetarian las adquisiciones hechas de las rentas reales; que la guarda del alcázar, puertas y puentes se daria á vecinos honrados; que continuarían los diputados de las parroquias en el derecho de nombrar procuradores generales del pueblo; que se conservarían á la ciudad, íntegros todos sus fueros, franquicias y libertades; que se nombraria corregidor por la misma ciudad hasta que el emperador determinase; y en lo que concierne á nuestra heroína, que se alzaría al secuestro de los bienes de Padilla, rehabilitando su honra y buena fama, y concediendo á su viuda no solo el derecho de pedir justicia, sino que si tal hiciere, le fuese administrada por juez competente y de intachable imparcialidad. «En cuanto á lo que toca á «Juan de Padilla, que haya gloria, se concede é concedemos, que á su «fijo del dicho Juan de Padilla, se le dará é damos é por la presente «mandamos que se le den sus oficios é su hacienda; é si algund «embargo le tienen fecho en sus bienes, por la presente le alzamos é «mandamos que agora ni en algund tiempo se les pueda pedir ni «embargar por esta causa; é le concedemos, que pueda heredar «cualquier herencia sin que ninguna cosa destas le preste ni pare «perjuicio: é en cuanto á la honra del dicho Juan de Padilla concedemos

¹ Puede consultarse en el tomo I de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, publicada por los SS. Navarrete, Salvá y Baranda, pág. 313. Hallábase en las oficinas de amortizacion de la ciudad de Toledo, donde probablemente iria á parar del archivo de algun convento suprimido. Fué remitido á la Academia de la Historia en 18 de Junio de 1841, por un individuo correspondiente, D. Ramon Fernandez de Loaisa.